



viaje, y llamó río de Oro. En sus poéticas orillas hizo alto.

Durante dos días la bandera de Castilla fué paseada por muchas poblaciones, y despues llegaron á la falda de una cadena de altas montañas, que era el distrito de Cibao, estados del señor de la casa de oro.

El sábado 15 de Marzo hubo que abrir un camino para la caballería, y el domingo, el cuerpo expedicionario penetró por las gargantas cubiertas de árboles de las montañas, y trepó con ardor sus escarpadas laderas. Poco á poco la vegetacion fué ménos abundante, y en las frondosas márgenes de los arroyos no se veían sino pinos y palmitos, no ofreciendo lo escabroso del terreno más que ásperas ondulaciones y peñascos. No obstante, los españoles lo veían con ojos placenteros, porque en el fondo de todos los arroyos notaban partículas de oro, anunciando la proximidad de las minas.

Encontró el almirante por el camino plantas desconocidas, recogió ámbar y azur, y descubrió una vena de metal, que prometía no estar léjos del cobre. Resolvió no llevar más léjos la excursión, sino asegurar sus resultados con una fortaleza que protejiera las comunicaciones entre las montañas de Cibao y el puerto de la Isabela, escogiendo al efecto un sitio á propósito en una meseta de peñascos, de los cuales el Yaque, con sus puras y frescas aguas, formaba casi un foso y constituía una defensa natural. Su lecho era de vetas de mármol, de jaspes y de piedras extrañas; el ambiente puro. Ingeniero de nacimiento, Colon improvisó una fortaleza, desde cuyos baluartes, hechos de madera y tierra, abarcaba la vista una deliciosa y dilatada llanura. Bautizó al fuerte con el nombre de Santo Tomas, á causa de la incredulidad de los españoles en cuanto al oro, hasta que lo hubieron recogido ellos mismos del fondo de los rios.

Luégo de haber trazado el camino que uniria la Isabela al castillo de Santo Tomas, instaló en él cincuenta y seis hombres escogidos, y algunos caballos, bajo las órdenes de Pedro Margarit, caballero del orden de Santiago, padre de familia, sin fortuna, y que Colon habia recomendado á los reyes; circunstancia digna

de notarse, porque este oficial ingrato y rebelde fué uno de los principales causantes de las desgracias de la colonia y de los aprietos del almirante.

De vuelta en la Isabela no habia descansado de sus fatigas, cuando un mensaje de Margarit le hizo saber que Caonabo se aprestaba á sitiario. Sin inquietarse, porque conocia la debilidad de los indios, y su terror á los caballos y á las armas de fuego, le mandó no obstante un refuerzo de setenta hombres con víveres. Hecho esto, se ocupó de activar la conclusion de la Isabela.

La fecundidad de su suelo parecia increíble. Las verduras nacían en tres días, y maduraban en tres semanas. El 30 de Marzo, día de la Pascua, un hortelano llevó al almirante espigas de trigo en sazón, sembrado á fines de Enero. Estaban seguros así de conseguir dos cosechas al año; pero esta esperanza, por más grata que fuera, no podia remediar los males presentes. La fiebre hacia estragos, los trabajadores más robustos, agobiados por las faenas se desanimaban y decaían; los hidalgos orgullosos se quejaban amargamente, maldiciendo á Colon y á la descubierta, y consumían sin ninguna utilidad para la colonia los abastos, que disminuían á ojos vistos. La mayor parte de las carnes estaban podridas, las medicinas apuradas, y no quedaba más que una corta cantidad de vino. Sólo el trigo, mejor conservado, prometía algun recurso; pero era preciso distribuirlo con tasa.

El almirante imaginó internar en la isla la tropa, que subía á cuatrocientos infantes y diez y seis caballos, para no dejar en la Isabela sino los trabajadores y los enfermos, y mientras tanto comenzó por poner á racion á todos los colonos, sin exceptuar ninguno, siendo él el primero en imponerse la ley. Esta medida salvadora pareció insoportable á ciertas personas. Como la harina se habia concluido, se distribuyeron raciones de trigo, tal como estaba en el almacén, y cada uno tuvo que moler á mano su parte; pero no bastaban los molinillos, y además, los voluntarios y los hidalgos que, habituados á las comodidades de la vida, no habian venido á las islas más que para coger oro,



rehusaban hacer este trabajo, y los enfermos y los convalecientes no podían entregarse á él; los jornaleros, obligados á hacerlo sobre sus faenas, enfermaban ó fingían estarlo. Colon creia inútil dejar que recayera todo el peso de tanta calamidad sobre los hombros de la gente menuda. El establecimiento de un molino público, y la terminacion del canal que queria hacer pasar por medio de la ciudad, podían sólo remediar tantos y tales inconvenientes, y así decretó obligatorio el trabajo de ambas obras de utilidad pública. La urgencia justificaba la severidad, porque con el trabajo colectivo y temporal les ahorraría en breve del trabajo irregular y cotidiano, y sin grande esfuerzo les proveería de pan. Pero la medida sublevó el orgullo castellano; los empleados, los oficiales de la casa real y los hidalgos se creyeron en extremo humillados de que se les forzara al trabajo material, pareciéndoles más lógico que los operarios, extenuados con las continuas faenas y la insuficiencia del alimento, hicieran solos, en medio de la penuria general, el molino, los hornos, el canal, y terminasen en detrimento de su vida, los almacenes y los edificios públicos. El alma cristiana de Colon, elevándose sobre todas las consideraciones y prerrogativas, sostuvo el principio de la igualdad, ante la ley del peligro y de la salvacion comun, desatendiéndose de las preocupaciones de la sangre en presencia de una desgracia inminente. Y así, cuantos hubo útiles, fueron por escuadras al sitio de los trabajos á pagar su tributo, y el castigo de los contumaces aseguró la ejecucion de sus medidas. Ninguna consideracion pudo detenerlo, pero su saludable inflexibilidad fué un cargo que los castellanos no le perdonaron, pues salvo los pobres, extenuados y enfermos, que libertaba su misericordioso rigor, los funcionarios de la colonia, los oficiales de la corte, los nobles voluntarios, y hasta el mismo vicario apostólico, se declararon contra él. Mas Colon supo llegar hasta el fin, y los hechos justificaron su sabiduría.

Para someter las pretensiones de raza, que aspiraban á sobreponerse á la igualdad de los males, despertar á las almas de su letargo y disminuir las faenas, regularizándolas, era pre-

ciso tener una compasion superior á las consideraciones, una voluntad tan enérgica como la necesidad misma, esa ley que domina á todas. El teson desplegado por el almirante, sin doblegarse á las influencias, las clases y los obstáculos, salvó á la colonia. Sabida cosa es, que el fin santifica los medios. Sin embargo, aquellos medios fueron tan moderados como lo permitían las circunstancias.

En este respecto, unánimes testimonios se reasumen en el de Herrera. «Fué menester molinos para moler el trigo, dice; pero como los soldados y los trabajadores estaban extenuados y enfermos, fué preciso que la nobleza trabajase en ellos, lo que la causaba más pena que la misma muerte.... El almirante, viendo el descontento, tuvo que obligarlos para que su pueblo no pereciera si no se trabajaban las obras públicas» (1).

Colon establecia en principio esta máxima de los sacerdotes de los primeros tiempos. «El que no trabaja no merece comer.» A los nobles hambrientos y á los egoístas perezosos propuso eligieran entre el trabajo ó la supresion de las raciones, lo cual le valió, en concepto de los cansumidores inútiles, una reputacion de barbarie, que el apoyo del vicario apostólico revistió de ciertas apariencias de verdad, que los oficinistas de la direccion de Sevilla exageraron gustosos, y que consolidó los amigos y las familias resentidas de los hidalgos que forzó al trabajo, y sobre todo el P. Boil, que procuró siempre atenuar sus faltas manchando al almirante.

Preciso es decir aquí algunas palabras acerca del P. Boil y de sus trabajos evangélicos.

El P. Bernardo Boil, catalán, fraile benedictino del convento de Monserrat, hombre de gran crédito en la corte por su saber, su capacidad, su experiencia en los negocios, la sutileza y los recursos de su imaginacion, y de irreprochables costumbres, no habia venido á las Indias de su grado, impelido por la vocacion, ni mucho ménos demandando dirigir la mision.

Designado por los reyes para aquel vicariato apostólico, obedeció, embarcándose como si

(1) Herrera, *Historia general de los viajes en las Indias Occidentales*, década I, lib. II, cap. XII.





hubiera ido á negociaciones diplomáticas, á que era aficionado. Su eleccion en la mayor parte de sus compañeros se resentía de su falta de predileccion divina, pues entre ellos, si bien algunos estaban destinados á evangelizar los idólatras, el mayor número, hecho para la pacífica regularidad del coro, se encontraba sin fuerzas, sin eficacia en su nuevo género de vida. Ni tenían celo, ni facilidad para hablar la lengua de los indígenas y ocuparlos de Dios, ni edificaban, ni consolaban á nadie, ni servían para consolarse á sí mismos, pasando sus días en criticar al almirante y llorar por la patria.

Desde la llegada á la Española, el P. Boil, hasta entónces lleno de consideraciones por Colon, se puso en disentiendo con él, á causa de la complicidad que presumía en Guacanagari, en la matanza de los españoles dejados en el fuerte, pues él hubiera querido imponer un castigo sobre una sospecha, para manifestar la superioridad de los españoles, que penetraban el pensamiento sin dejarse llevar de las protestas, ni de las apariencias. El almirante se mostró más pacífico, más confiado, más misericordioso que él, y de aquí su desvío por Colon. Por dos veces le aconsejó inútilmente medidas precipitadas y violentas contra Guacanagari, y el P. Boil no estaba acostumbrado á predicar en desierto. El rey Fernando, político consumado, apreciaba mucho la habilidad de que dió pruebas, cuando los asuntos del Rosellon, y él fué quien lo designó para su puesto evangélico. El P. Boil, pagado de esto y de su mérito, se enemistó con el almirante, que parecia mejor dar crédito á un salvaje que á su sagacidad de diplomático. Este resentimiento estuvo encubierto hasta que el peligro de faltar los víveres obligó á Colon á poner á racion á los colonos, sin exceptuar á nadie, y se produjo de un modo aflictivo, cuando el almirante mandó trabajar á los hidalgos y voluntarios que no recibían sueldo del Estado.

El vicario apostólico censuró públicamente una medida que imponía el bien comun, y calificó á Colon de *cruel* (1); y los murmuradores,

(1) Herrera, *Historia general de las Islas Occidentales*, década I, lib. II, cap. XII.

los caballeros, resentidos por su pretendida humillacion, se autorizaron con el vicario apostólico para contravenir á las órdenes del virey, quien no pudiendo imponer castigos corporales, les disminuía ó retiraba la racion, como se practica á bordo. Era el único medio de imponer á la insolente pereza. El P. Boil, no creyendo tal vez ir tan lejos, fomentaba la desobediencia y la rebelion. El almirante, por su parte, hacia ejecutar sus mandatos. A causa de esta oposicion, en muchas circunstancias, el vicario apostólico, abusando de sus poderes espirituales, excomulgó al virey y puso en interdicto á la Iglesia (1). Colon entónces le suprimía del todo el alimento, con lo cual la cólera del vicario apostólico se apaciguaba en seguida.

Miéntas que el piadoso Fr. Juan Bergonon, de San Francisco, y Fr. Roman Pane, llamado el pobre ermitaño, de la Orden de San Jerónimo, se dedicaban á estudiar la lengua de Marcorix, que era el idioma más extendido entre los diversos pueblos de la isla, el superior de la mision, hastiado de los pobres indios, escribia á la reina para persuadirla de lo inútil que era su permanencia entre ellos por las dificultades que ofrecia el idioma, y la demandaba ordenase su vuelta.

Al traves de tantos contratiempos, los trabajos urgentes avanzaban, gracias á la firmeza de Colon. Hizo partir las tropas de la Isabela para el interior de la isla, á fin de hacerla reconocer completamente, mostrar á sus moradores el estandarte de Castilla y el poder de sus vasallos, y averiguar el sitio de las minas de oro, todas las riquezas, todos los recursos del suelo, y sus comodidades estratégicas, la cual medida ofrecia á la colonia la ventaja de asegurar sus víveres durante más tiempo, y acostumbrar á los soldados á los alimentos de los indios. El almirante envió, pues, á Pedro Margarit toda la tropa, bajo la conducta de Ojeda, que debia entregarle su mando, para tomar el del fuerte de Santo Tomas.

(2) «L'Amiral n'en avait rien rabattu d'une conduite qu'il jugeait nécessaire; et il faisait d'abord cesser l'interdit, en retranchant absolument la ration au bénédictin.»—Charlevoix. *Histoire de Saint-Domingue*, lib. II, p. 125 en 4.º

## CAPÍTULO XXII

**Division territorial de la Española entre los caciques.—Colon, al prepararse para nuevos descubrimientos, instituye un consejo de gobierno.—Parte con tres naves.—Reconoce la costa de SO. de Cuba, descubre la Jamáica, y torna á Cuba para saber si esta tierra es una isla ó un continente.—Descubrimiento del archipiélago de los Jardines de la Reina.—Felicidad, peligros y trabajos de esta navegacion.—Colon se dirige á las istas de los Caribes para reconocer las guaridas de los canibales y destruir su marina y trabajaderos con el objeto de impedirles que fueran á devastar los pueblos pacíficos.—De cómo cayó en profundo letargo y se le llevó, muerto en apariencia, á la Isabela.—Arreglo entre Castilla y Portugal.—Tratado de Tordesillas.**

Á fin de seguir con más facilidad los primeros pasos de los castellanos, y las operaciones del almirante en la Española, indicaremos en pocas palabras su posicion política y territorial.

Cinco reyes, ó grandes caciques, teniendo cada uno bajo sus órdenes á cierto número de señores, ó caciques subalternos, gobernaban la isla de Haiti, bautizada por el almirante con el nombre de Española. Estos cinco magnates se llamaba Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Gualfacoa.

Guarionex, de la familia más ilustre, tenía toda la parte NE. de la isla, que comprendia la magnífica llanura llamada Vega Real, y fué en su territorio donde, sin pedirle permiso, se construyó la Isabela.

Guacanagari reinaba al NE. desde Artibonite hasta más allá de Monte-Cristo.

Gualfacoa ocupaba la parte oriental, más expuesta á los ataques de los caribes, y sus vasallos, mejor armados que el resto de los indígenas, sabian pelear con denuedo.

Behechio poseia la mayor porcion de la isla, la que del Arbitonite se extiende al O. hasta el cabo Tiburon, y encierra en sus límites el lago salobre de Jaragua, por tanto tiempo asunto de misteriosas relaciones.

TOMO V

Caonabo, el señor de la casa de oro, dominaba en la parte montañosa, desde las alturas de Cibao hasta el litoral del Mediodía. De raza caribe, se ignoraba su genealogía; pero arrojado á la isla por casualidad, lo habia fijado en ella un amor romántico. Soldado de fortuna, él mismo se ciñó la corona; y como sus talentos militares aseguraron su poder, los reyes sus vecinos temian su enemistad y buscaban su alianza.

Cada uno de estos reyes, ó grandes caciques, tenía caciques secundarios, que eran soberanos de hecho en su distrito particular. Salvo los pueblos del S., expuestos á las incursiones de los caribes, y las tribus del guerrero Caonabo, los indígenas eran de un natural dulce y tímido. La suavidad del clima, la facilidad de vivir sin trabajar, una laxitud y apatía hereditarias, y cierta propension á ensimismarse, les hacian insoportable la fatiga corporal, tanto más cuanto que alimentándose casi exclusivamente de vegetales, no podían apénas dedicarse á trabajos regulares.

Después de haber dado al comandante Pedro Margarit instrucciones admirables (1), com-

(1) Estas instrucciones, de todo punto admirables y que poseemos testualmente, á pesar de ser un documento precioso que figura en el número LXXII de